



III



Pongo en par mis vidrieras, éntrate por mis atrios.
Comulgaré en tu boca todo el pan que me oficies.
Lábrame con tus ojos, sé tú mi sacerdote
de ternura, y no dudes de que tiembla la luz
debajo de tus párpados, y en mis manos se apoya.

Tállame el corazón, sé mi orfebre sagrado.
Tu escalinata es alta como la aurora intrépida.
Conocerás las nubes, desatarás las fuentes,
te rodearán mis islas, te habituarás al fuego.

Pero no dudes nunca de que duele el milagro.
Que las rosas de hierro del resplandor nos queman,
y el corazón no sirve si no lo repartimos
lentamente quedándonos más mendigos que antes
de subir mis torres, de encerrarme al abrigo
de tus huesos, oírte es estío salobre
de tu alma de nácar,

ah, comulgante mía,
ah, escultora de amor, que has entrado en mi huerto.

Cayetano IRANZU

